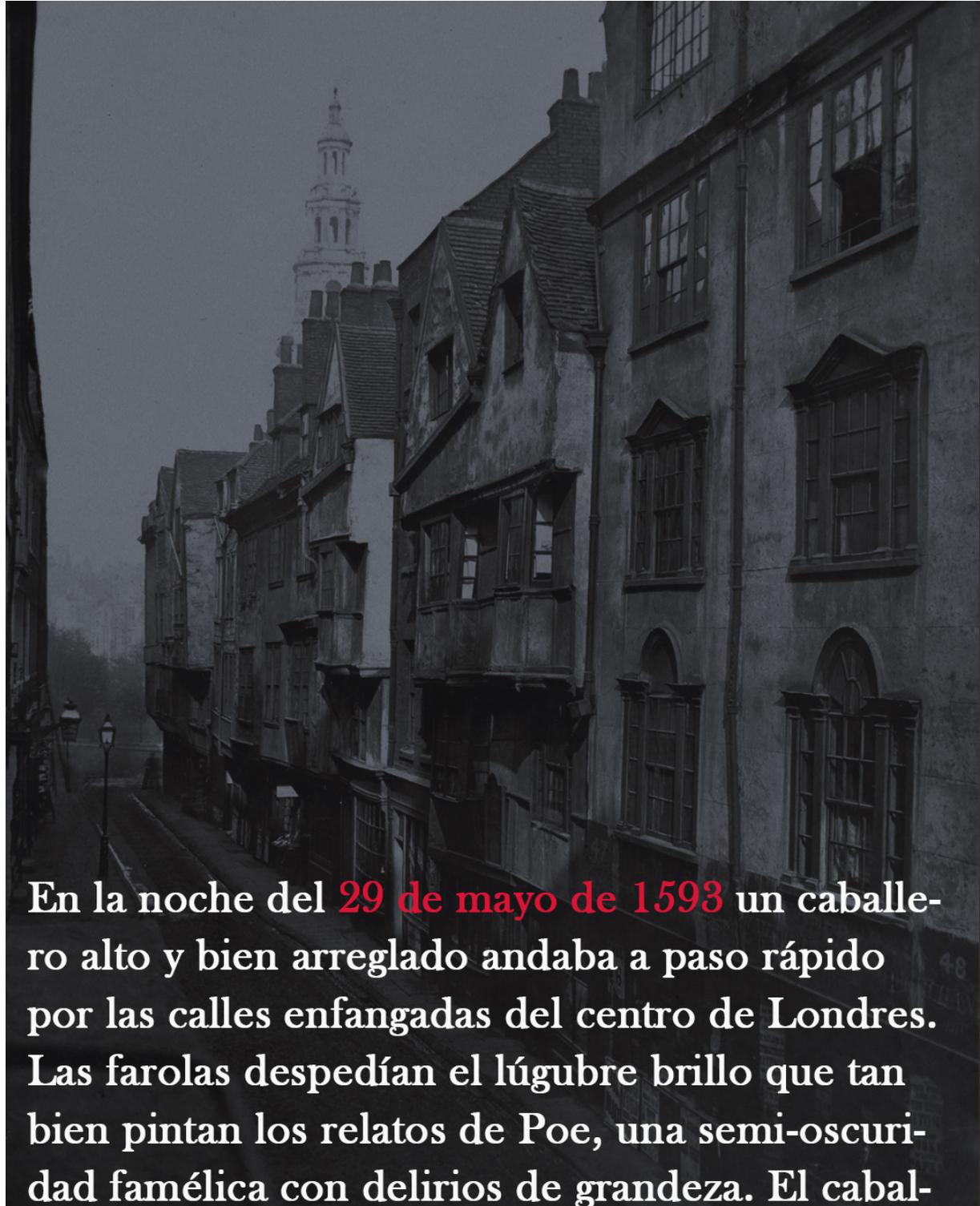


Re-write

Akira



En la noche del **29 de mayo de 1593** un caballero alto y bien arreglado andaba a paso rápido por las calles enfangadas del centro de Londres. Las farolas despedían el lúgubre brillo que tan bien pintan los relatos de Poe, una semi-oscuridad famélica con delirios de grandeza. El cabal-

Capítulo 1

lloero debía pensar lo mismo, pues al cruzar la calle tropezó dos veces. No obstante, rechazó a un lamparero que se acercó para ofrecerle sus servicios. Se lo veía a disgusto en sus elegantes ropajes de caballero isabelino; sin saber si abrigarse o dejar ondear tranquila su capa; no paraba de tocarse el sombrero y llevaba el bastón a rastras. Aunque de espaldas anchas y gran estatura, el hombre tomaba cada esquina mirando por encima del hombro, cómo si esperara ver aparecer en el último instante a un perseguidor habilidoso. Como último detalle, el caballero llevaba el rostro embozado por completo con un pañuelo, de forma que apenas se le veían los ojos.

Llegó a la calle que estaba buscando en lo que le pareció una eternidad, aunque sólo habían pasado treinta minutos desde que arribara a Londres... desde el año 2336. La transferencia había transcurrido sin novedad; como de costumbre, el espacio elegido había sido un rincón poco transitado, un callejón tras el parquecillo Dwyrin que se hallaba en total oscuridad, nada de farolas allí.

Al llegar a la puerta del número 23 el caballero tocó tres veces, esperó, y luego tocó otras cuatro, como estaba convenido. Le abrió una mujer con ojos de lechuza y él le recitó su nombre de carrerilla, no el auténtico, se entiende; la mujer le pidió que la siguiera, y eso hizo.

Mathison le esperaba en la sala de estar con un puro humeante en los labios. Le sonrió. Este simple gesto pareció relajar un tanto a quien por el momento llamaremos Señor X. X se acercó a Mathison y le estrechó la mano efusivamente. A simple vista no parecían tener nada en común salvo proceder de la misma época futura; a Mathison se le veía a sus anchas, vestía la ropa elegante de la época como si siempre la hubiera llevado puesta, llamaba a sus criados con la indiferencia de quien está acostumbrado a mandar. Sin embargo, no parecía haber una relación de superioridad con X, sus ademanes dejaban entender que eran colegas de alguna clase.

-Cuénteme -comenzó el anfitrión- ¿Cuáles son las novedades del frente?

-¿Esta habitación es segura, tiene los disruptores activados? -preguntó X, volviendo a su expresión ansiosa y estresada.

-Sííí -respondió él, con la paciencia que uno reserva a los niños- Siéntese, relájese un poco. ¿Acaba de llegar, verdad? -

-Sí, hace... -X se remangó la manga izquierda de su chaqueta, pero no

encontró nada- Hace muy poco.

Se sentó en el diván opuesto. Recordó que aun llevaba el sombrero puesto, se lo quitó, el bastón no supo dónde ponerlo. Su anfitrión se compadeció de él, se lo tomó y se lo dio acto seguido a una criada, que había aparecido como por encantamiento. Por último, X se quitó el pañuelo.

-¡Fiuuuuuu! -Dejó escapar Mathison- Han hecho un trabajo magnífico, es usted igualito. -X se ruborizó, no sabía si de orgullo o de vergüenza.

-Pero, ¿cómo pudo obtener unos datos tan exactos? Sin un escaner láser, sin una cámara milimétrica.

-Fue fácil, sólo emborraché al pobre diablo hasta la inconsciencia y le puse un molde de yeso fresco en la cara. ¡Ja, ja, ja! -rió con desparpajo el interpelado- Luego se lo pasé a un orfebre que lo relleno de plomo, y así lo dejé esta mañana en la caja de seguridad.

Mathison le dio una larga calada a su puro, pensativo.

>Nunca dejará de sorprenderme esa inmediatez de respuesta del futuro. Entierras algo en una caja ahora; cientos de años después la encuentran, la abren y analizan su contenido. Durante días, sino semanas o meses, elaboran un plan de acción al respecto; éste es finalmente diseñado y el agente que lo llevará a cabo es enviado al pasado, a pocas horas después de que se enterrara la caja de seguridad en primer lugar.

Imagino que debe ser... Perturbador.

-Ya lo comprobará, le hace dudar de uno mismo; -afirmó tajante- como si ese futuro pretérito del que procedemos nunca hubiera existido.

-¡Pero existe! -Rebatió X nervioso.

-Existe, existe. -Coincidió Mathison cambiando a un tono más conciliador- Usted es la prueba viviente.

-¿Acaso duda alguna vez de la misión, de si conseguiremos cambiar el resultado?

-No saber es el problema para algunos, -meditó- no llegar a saber nunca si conseguimos cambiar la Historia... O si la empeoramos. Divididos entre el miedo y la esperanza, para siempre a la espera del siguiente agente...

>Pero yo me limito a disfrutar de este tiempo. ¿Los ha visto, cómo

hablan, cómo van por la calle?

-Despreocupados, inconcientes -afirmó X sin dudar a qué se refería- como si no tuvieran el destino de la humanidad sobre sus hombros.

-Exacto. Yo me fijo en ellos e intento imitarlos. ¡Y la comida...! No podrá parar de comer durante semanas.

X le pidió un cigarro y fumaron en silencio por un rato.

-¿Y cuando haremos el cambio? -Preguntó por fin, aunque ya conocía la respuesta.

-Mañana, mañana por la noche matan a Marlowe. Robaremos el cadaver y usted resucitará como Lázaro.

Por primera vez desde que llegara al Londres del siglo XVI, el hombre que llamamos X escuchó el nombre que llevaría a partir de ahora, hasta el día en que muriera, y tembló. Las nuevas obras teatrales, cuidadosamente compuestas por expertos, y que él había memorizado durante meses, transmitirían unas ideas muy distintas a las de Shakespeare, su idealismo y romanticismo inútiles morirían en la cuna, como su autor moriría desangrado en su cama. El plan de la misión consistía en inocular las ideas de ecologismo radical y anticonsumismo salvaje en la cultura victoriana, que con sucesivos reajustes en los siglos venideros, tal vez, sólo tal vez, conseguiría evitar el desastre.